

Redacción y Administración: SORIANO, 1328

MONTEVIDEO, OCTUBRE 11 DE 1923

Teléfono: LA URUGUAYA, 3462 (Colonia)

Quiénes son los culpables

Por el tratado de paz de Versalles se obligó a Alemania a firmar el reconocimiento de su culpabilidad en la guerra.

Esta infame declaración se le impuso cuando, vencida y entregadas las armas, el hambre diezmaba al pueblo indefenso.

Alemania declaró al mundo que firmaba obligada por la necesidad, a fin de no ver perecer a todos sus niños y a todas sus mujeres por el hambre, que diariamente hacía miles de inocentes víctimas.

Ahora bien: para que se vea todo lo inicuo, todo lo arbitrario, todo lo infame e inhumano de esa imposición, publicamos a continuación las terminantes y terribles acusaciones que un ilustre personaje francés dirige a Mr. Poincaré:

A raíz de un libro publicado por Mr. Renauld, prestigioso historiógrafo, titulado «1914-1919», se inició una polémica entre el autor, por una parte, y el ex presidente de Francia, M. Poincaré, por la otra, polémica que fué insertada hace poco en el periódico francés *Lanterne*.

En su libro citado, Renauld había declarado que la responsabilidad del estallido de la guerra pesaba, no solamente sobre Guillermo II, sino también sobre la política de alianza seguida por Gran Bretaña y Francia, y particularmente sobre el principal autor de esa política, M. Poincaré. Este último trató, entonces, de defenderse en una carta dirigida al autor, y a raíz de esa epístola se desarrolló la polémica a que más arriba nos referimos, y la que, sin duda alguna, es de suma importancia histórica.

En la primera de las cartas publicadas por *Lanterne*, M. Renauld dice:

«En honor a la verdad, me veo obligado a creer que la Entente ha querido la guerra tanto como Guillermo II, y que particularmente usted, señor presidente, juntamente con un grupo de sus amigos, ha querido la guerra, o que, al menos, no ha hecho todo lo que estuviera en su poder para evitarla. Su responsabilidad resulta igualmente grande en ambos casos. En primer lugar: *Su viaje a Rusia* (en julio de 1914, después del asesinato del príncipe heredero austriaco), fué una imprudencia rayana en la locura. Ese viaje no había sido necesario, e inmediatamente después del asesinato del heredero austriaco tuvo que producir el efecto de una provocación. Y en segundo término: Usted ha omitido de aconsejar a Serbia, en el momento oportuno, en el sentido de aceptar sin reserva la nota austriaca, tal como San Giuliano lo había recomendado tan urgentemente el 27 de julio de 1914, a nuestro embajador, es decir, a usted.»

(Recuérdese la muerte prematura de San Giuliano).

En su respuesta a esta carta, M. Poincaré expresó:

«Mi viaje a San Petersburgo había quedado resuelto en el mes de enero ya. La renuncia a su realización hubiese producido el efecto de alarmar en una forma peligrosa la opinión pública europea. En el momento de la entrega del ultimátum de Austria-Hungría a Serbia, me hallaba yo en alta mar. Por consiguiente, durante los días del 26 al 29 de julio no pude estar al corriente de todos los detalles. Sin embargo, desde París, el gobierno ha hecho llegar a Serbia los consejos más pacíficos, y Serbia cedió, por último, de acuerdo con Rusia.»

Ernesto Renauld volvió a contestar:

«El 29 de julio usted ya no estaba en alta mar. Y si el gobierno, durante su ausencia, ha dado a Serbia el consejo de ceder, no le ha aconsejado, sin embargo, de aceptar las demandas austro-húngaras incondicionalmente, para evitar la guerra. Contrariamente a lo que usted dice, Serbia de manera alguna se había sometido completamente.

«Usted ha dejado transcurrir luego los días 29, 30 y 31 de julio, y recién a las 11 de la noche del 31, cuando era tarde ya, ha hecho usted llegar a Serbia el consejo de aceptar las nuevas y dolorosísimas humillaciones. Si usted hubiese hecho esto el 29 ya, no habríamos tenido ninguna guerra, porque procediendo así, usted hubiese quitado a las potencias centrales todo pretexto de ir a la guerra, de ahí se deduce que Ud. ha querido la guerra, o que usted ha hecho una mala política. En ambos casos, usted forma parte del número de los responsables de la guerra.»

Renauld sigue diciendo que la historia suele decidir el éxito, pero que M. Poincaré no parece sentirse muy seguro de ello, y que esa falta de seguridad indudablemente le impulsa a presentarse en la prensa continuamente en el papel del cordero inocente e inmaculado, y agrega:

«La historia registra hombres de Estado que han hecho una política personalista. Pero usted ha hecho una política de vanidad personal. Si usted no careciera de la necesaria valentía de ciudadano, usted diría: *«Yo y mis amigos creíamos poder corregir por medio de la Entente, mediante la destrucción de la unidad alemana, el gran error cometido en la política exterior por la Revolución Francesa. Creíamos llegada la hora, y en bien del país hemos arriesgado el gran partido: la guerra. Desgraciadamente, la guerra no ha tenido el resultado que de ella esperábamos, y, por consiguiente, tendremos que reanudar algún día la guerra, aun cuando Alemania cumpla incondicionalmente con el Tratado de Versalles. Porque no nos ha sido posible reducir al enemigo por un siglo más a la impotencia mediante la destrucción de la unidad política y territorial de Alemania.»* (obra en que se halla empeñado actualmente Poincaré desde la ocupación del Ruhr). Hablando así,

Ud. hubiera dicho la verdad. Esta verdad, ciertamente, le hubiese conducido directamente a la Roca Tarpeya, pero no al Capitolio. Y por esto usted continúa discutiendo como un abogado que defiende una causa mala. Dios, Francia y la Historia le juzgarán.»

La respuesta de Poincaré a esta última carta fué sumamente débil. No es, ciertamente, ninguna muestra de altivez de hombre, cuando Poincaré, quien en su polémica con Tardieu acababa de demostrar en toda una serie de artículos la gran influencia ejercida por él, hallándose en el cargo de presidente de la República, sobre la marcha de las negociaciones de paz, de repente se parapeta detrás de la Constitución, diciendo que la responsabilidad en la política es del gabinete, y no del presidente. Renauld no se deja sorprender por estos sofismas. Contestó a Poincaré que su deber hubiese sido el de intervenir directamente después de su regreso de Rusia, el 29 de julio, y le recuerda el ejemplo de Jules Grévy, quien en otras circunstancias críticas había conseguido evitar una guerra, por su intervención personal. En su respuesta, Renauld continúa:

«Nuestro ex-embajador en San Petersburgo, M. Paleologue, admite en sus memorias que Rusia había ordenado el 29 de julio ya, secretamente, la movilización general. En el Libro Amarillo de 1914, en cambio, Paleologue declaró que la movilización rusa se había dispuesto recién el 31 de julio, como réplica a la movilización austriaca. Por consiguiente, *vuestro Libro Amarillo no dice la verdad. ¡Miente!* ¿Y qué dice usted de la lealtad de M. Viviani, quien había asegurado a las 7 de la tarde del 31 de julio al embajador alemán que nada sabía de la movilización rusa, de la cual el 29 ya se había tenido noticia en Londres y Bruselas? Usted confundió a Francia consigo mismo, y con sus cómplices. Francia no quiso la guerra. Pero la han querido usted y Viviani y los demás partidarios de la política de alianzas anglo-franco-rusa. Usted ha querido la guerra, o, al menos, no ha sabido impedirle.»

Renauld termina esta carta proponiendo a Poincaré una controversia pública sobre los orígenes de la guerra, y sobre sus autores.

Poincaré no solamente ha querido la guerra, sino que también la ha preparado sistemáticamente a partir de 1912. Esta acusación formidable la lanza M. Renauld, abonándola con hechos históricos, ante cuyo peso abrumador se desvanecen como humo las frases retóricas y las tiradas patrióticas del ex-presidente. Esos preparativos sistemáticos se iniciaron en 1912, época en que Poincaré ocupaba el cargo de primer ministro y la cartera del interior.

«Iswolski, — escribe Renauld, — había

dejado libertad de acción, en 1908, a Austria-Hungría, para la anexión de Bosnia y Herzegovina, a trueque de la promesa de que Austria-Hungría apoyaría la política de Rusia en lo relativo a los estrechos. Como Aehrenthal no había cumplido su promesa, Iswolski pensaba en su desquite. Para una guerra, empero, destinada a satisfacer tanto los deseos de venganza del ministro de Relaciones Exteriores ruso, como las ambiciones territoriales de Rusia, Iswolski necesitaba la cooperación de Francia. Iswolski se hizo nombrar entonces embajador ruso en París, después de haber instalado en el Ministerio de Relaciones Exteriores a uno de sus secuaces. Llegado a París, se dedicó exclusivamente a su política destinada a preparar la guerra.

«En el año 1912, — continúa diciendo Renault en su carta a Poincaré, — usted se trasladó a San Petersburgo, y como entonces lo hizo en su calidad de primer ministro, no podrá parapetarse detrás de la Constitución. Según sus propias declaraciones, usted tuvo conocimiento entonces, en Rusia, del acuerdo celebrado entre Bulgaria, Grecia, Serbia y Montenegro contra Turquía. Dicho convenio, cuya fuerza propulsora había sido Rusia, y cuyo objeto, según usted mismo lo admitió, había sido la guerra contra Turquía, desencadenó la primera guerra balcánica. Se trataba, pues, de una política franco-rusa en los Balcanes. Bajo la protección de Rusia, los eslavos iniciaron la guerra en Oriente, y si esa guerra no causó entonces ya la conflagración de la Europa entera, ello se debe a que Alemania abrigaba propósitos pacifistas. En todo caso, empero, en 1912, ya la política de alianza seguida por Rusia y Francia hubiese brindado a las potencias centrales un motivo para una guerra. Felizmente, Alemania no quiso la

Obreros: No olvidéis que el militarismo francés ha cometido atentados contra indefensos trabajadores en la ciudad de Essen. Debéis protestar ante tal atentado, y hacer oír vuestra protesta por la invasión del Ruhr.

guerra, pues de lo contrario ella habría estallado entonces ya, a causa de la política balcánica tramada por Rusia y por usted. El entonces embajador de Francia en San Petersburgo, fué M. Georges Louis, quien contrariamente a Iswolski y Sassonow, defendía una política de la inteligencia pacífica, razón por la cual su estada en San Petersburgo había sido una lucha sin cuartel con el partido de Iswolski. Pues bien: el 17 de julio de 1913, Mr. Georges Louis fué destituido de su puesto a pedido de Sassonow, por Mr. Delcassé, partidario incondicional de la política de guerra de usted, y fué destituido, seguramente, por la única razón de ser pacifista. El partido Iswolski-Sassonow no quiso tener en San Petersburgo a ningún embajador de sentimientos pacifistas; y el gobierno de usted cumplió el deseo de ese partido, sacrificando a M. Georges Louis.

«Este había sido el primer acto. La política de usted, y la política de Sassonow fué decisiva para el desarrollo de las cosas que terminó con la guerra de 1914. Los errores y los crímenes hay que buscarlos más bien en 1912 que en 1914.»

Continuando en su polémica con M. Poincaré, Renault deja constancia más adelante de una serie de errores e inexactitudes

contenidos tanto en el Libro Amarillo, publicación oficial francesa, como en las Memorias del ex-embajador de Francia en San Petersburgo, Paleologue, publicadas en la *Revue des Deux Mondes*.

Dice M. Renault que, indudablemente, es verdad que el zar había dado el 29 de julio la orden de suspender la movilización general rusa, dispuesta por el ministro de la Guerra; pero que es falsa la afirmación contenida tanto en el Libro Amarillo como en las Memorias de Paleologue, diciendo que esa contraorden del zar se había cumplido, y que a consecuencia de ello no se habían movilizado sino 13 cuerpos de ejército. Expone que Rusia había ordenado la movilización general el 29 de julio ya, es decir, dos días antes que Alemania, y agrega que este hecho fué perfectamente conocido tanto por el gobierno francés como por Paleologue, en el momento de redactarse el Libro Amarillo y las Memorias, respectivamente, de modo que ambos documentos constituyen una falsificación de la verdad histórica. Declara, luego, que la guerra no hubiese estallado, si Rusia no hubiese creado el motivo para la guerra, mediante su movilización general, realizada con el consentimiento de Poincaré y Viviani, y si Gran Bretaña no hubiese dejado en duda a Alemania, hasta el 4 de agosto, acerca de su decisión de ir a la guerra al lado de Francia y Rusia.

Renault termina su polémica diciendo: «A usted y a su política hay que atribuir que una comarca francesa, de 600 kilómetros de extensión, se haya convertido en un sólo cementerio, donde yacen un millón quinientos mil franceses. Por consiguiente, usted, Monsieur Poincaré, posee títulos a la gloria de ser el primer sepultero de Europa...»

Por lo que hace a Gran Bretaña, cuya actitud permanece oscura aún en muchos puntos, cabe advertir que su participación en la Triple Entente al lado de Rusia, la potencia más retrógrada de Europa, por sí sola basta para evidenciar que sus intenciones para con las potencias centrales, especialmente para Alemania, no pueden haber sido amistosas. Gran Bretaña es una nación pacífica... cuando se siente satisfecha y saciada, y cuando ningún rival viene a estorbar sus ambiciones de riqueza y poder. Pero, desde los comienzos de su expansión, la Gran Bretaña nunca ha tolerado que otros pueblos tengan la osadía de pretender que los mares sean libres para todo el mundo. De esta verdad tuvieron que convencerse sucesivamente Holanda, España, Francia y Alemania.

Destruyendo la más grande mistificación

(Continuación - Véase número 3)

En un artículo anterior, analizando la serie de entregas que Alemania, en cumplimiento de las imposiciones del Tratado de Versailles, había hecho a los países aliados, llegamos a la conclusión de que esas entregas alcanzaban al 31 de Diciembre 1922, a la enorme suma de CINCUENTA MIL MILLONES DE MARCOS ORO, suma que, convertida en nuestra moneda, hace la friolera de ONCE MIL QUINIEN-TOS MILLONES DE PESOS ORO. Nuestros lectores podrán darse cuenta de lo que significa esa cifra, si calculan que ella representa 38 veces el empréstito de 300 millones de pesos proyectado por el

Ministro Calcagno, para ser invertido en obras públicas durante un período de 30 años. Con ella se pagaría, por 300 años consecutivos, nuestro actual presupuesto general de gastos, y otro tanto más si se capitalizaran los intereses correspondientes.

De las entregas analizadas, hasta ahora, no se ha tratado más que de aquéllas que aprovechan a la economía nacional de los países aliados o a sus súbditos. Pero, el Tratado de Versailles obliga todavía a Alemania a otros compromisos, que, si bien no implican la entrega inmediata de valores, merecen, sin embargo, que también se les mencione muy especialmente, puesto que recargan de una manera notable el presupuesto nacional de Alemania. Son los llamados gastos de cumplimiento interior del Tratado de Versailles: regulación de fronteras; pensiones a los oficiales y soldados que perdieron su posición por la reducción del ejército, y tantos

Poincaré dice que Alemania debe pagar por ser la única culpable. Mr. Renault prueba lo contrario. Lea en este número nuestro artículo "Quiénes son los culpables".

otros agregados que la falta de espacio nos impide especificar detalladamente, pero que en aquella fecha alcanzaba ya a más de 500 millones de marcos oro. A esto hay que agregar todavía la ayuda que el Estado debe necesariamente a todos los que tuvieron que huir de los territorios ocupados por los aliados, abandonando propiedades, perdiendo enseres y útiles de trabajo, etc., y la atención que debe prestar a todas las necesidades que se han derivado de la prolongación de la guerra y del estado de guerra en que, puede decirse, está todavía.

Algunos de estos gastos, aunque sólo en parte, pueden aprovechar a la economía privada alemana; pero los que se han hecho para poner en práctica el desarme militar e industrial de Alemania, sólo representan una destrucción insensata de valores.

El desarme militar

Sólo parcialmente es expresable en cifras el desarme militar. La flota de guerra, salvo unos pocos buques de reducida potencialidad y tonelaje, ha sido entregada o destruida. El ejército de tierra ha sido reducido a la cifra de 100.000 hombres, prescrita por el Tratado. Del material de guerra se dejó una gran parte en país enemigo al evacuarlo, cumpliendo condiciones impuestas por el Armisticio. Hasta fines de Diciembre de 1922 se habían entregado:

5.909.149 fusiles y carabinas, 105.163 ametralladores, 28.469 lanzaminas y lanzagranadas, 54.887 cañones, 28.001 cureñas, 38.800.000 de proyectiles cargados y minas, 16.600.000 granadas de mano, 335.000 toneladas de proyectiles de artillería sin cargar, 472.200.000 proyectiles de armas manuales, 23.500 toneladas de cartuchos y cápsulas de cartuchos, 37.600 toneladas de pólvora, 14.014 aeroplanos, 27.740 motores de aeroplanos, 3.760 teléfonos de campaña, etc., etc.

Una estimación del valor del material de guerra entregado arroja las siguientes cifras:

Para el ejército de tierra 4.670 millones marcos oro; para la marina de guerra,

430 id. id.; para la flota aérea, 1.280 id. id. Total 6.380 millones marcos oro.

De estos hay que deducir 200 millones de marcos oro, valor de la chatarra, que ya se tuvo en cuenta en las entregas en efectivo, pero hay que agregar 70 millones por gastos de destrucción y almacenaje.

Resulta por consiguiente una pérdida de 6.250 millones de marcos oro.

En esta cifra no se toma en consideración las cantidades de material militar dejado en territorio enemigo, ni las entregadas por el Armisticio, ni los barcos de guerra entregados como indemnización por el hundimiento de Scapa-Flow.

Solamente los barcos de guerra entregados (sin comprender los internados en Scapa-Flow) incluyendo las instalaciones navales de Tsingtau, con las que se quedó el Japón, representan un valor de 1.417 millones de marcos oro.

Destrucciones Innecesarias

Entregado todo el material de guerra, las fortalezas quedaban desmanteladas de hecho: se obligó, sin embargo, a destruir las obligando a Alemania a un gasto, cuyo monto no conocemos pero que puede calcularse en unos cuantos millones de marcos, que no ha aprovechado a nadie. Las instalaciones del puerto de Heligoland también han sido destruidas por completo y en el lugar donde podía existir y desarrollarse un puerto floreciente, propio para toda clase de trabajos, donde numerosas barcas pescadoras y naves de otras clases hubieran podido encontrar refugio contra las inclemencias del mar, no hay actualmente más que un montón de escombros bajo el agua. Valores insustituibles han tenido que ser destruidos y cuya pérdida no solo perjudica a Alemania sino también al tráfico marítimo internacional.

Desarmando al vencido para ultimarlos mejor

Mientras Alemania ha llevado a cabo el desarme, teniendo para ello que destruir grandes valores que hubieran podido servir a la economía de paz, los demás estados de Europa han continuado armándose de una manera febril. Francia ha declarado en su nota del 30 de Junio 1922 a la Sociedad de las Naciones que tenía 730 mil hombres bajo las armas, aún cuando tenemos razones para suponer que ellos sean 830.000. También sus satélites, Bélgica, Polonia, Checo-Eslovaquia, etc., mantienen ejércitos poderosos, que en conjunto llegan a casi un millón de hombres. Casi dos millones de hombres que se mantienen en armas con la excusa de una supuesta reacción de parte de Alemania, que no tiene armas ni siquiera para cien mil hombres.

Según el artículo 169 del Tratado de Versalles tenían que ser destruidas todas las máquinas y aparatos especiales de guerra, es decir, las instalaciones de maquinaria que sirve exclusivamente para la fabricación de armas, munición y utensilios de guerra. Esas instalaciones, cuyo material cuesta mucho dinero, una parte ha sido trasladada a los países aliados por orden de la Comisión Controladora y el resto completamente destruidas, originando gastos de transportes y de jornales.

!!! "Desarme Industrial" !!!

Con las pérdidas y gastos consiguientes, se han llevado a cabo, como lo exige el art. 168, las transformaciones o destrucción de las instalaciones existentes para fabri-

cación y almacenaje de armas, municiones, utensilios de guerra, depósitos, laboratorios, etc. Pero, con el pretexto de que podrían ser empleadas de nuevo para la fabricación de guerra, se exigió además la desaparición o la destrucción de máquinas, terramientas de todas clases, así como de instalaciones, que previa una transformación podrían servir muy bien para trabajos de paz. En la mayor parte de esos casos no se tomó en consideración para nada que ciertas máquinas e instalaciones son necesarias para los trabajos de paz y que al suprimirlas habría necesidad de sustituirlas por otras o que las instalaciones que quedan no sirven ya para nada. Cañerías de agua, chimeneas, transformadores, simples cobertizos de almacenaje, que según las leyes de protección industrial, son absolutamente necesarias para las fábricas, sótanos para combustibles, instalaciones para perfeccionar el acero, etc. están comprendidas en esas destrucciones enteramente contraproducentes. Se ha exigido la supresión de instalaciones para apagar incendios, parque de bomberos, instalaciones férreas y ramales ferroviarios.

De esta manera, sin motivo alguno, se han destruido grandes valores e importantes talleres de producción, quitando brazos al trabajo productivo para emplearlos en obras de destrucción. Justamente esta ha sido una de las causas de que hubiera pocos desocupados en Alemania, después de la guerra: han sido muchos los obreros empleados en esas tareas destructivas.

No es posible expresar numéricamente, ni siquiera en forma aproximada, las pérdidas que de esta clase de desarme industrial y militar resultan para la economía alemana. Igualmente difícil es dar datos sobre la importancia de los gastos de transformación y destrucción, porque el número de fábricas e instalaciones destruidas o transformadas es demasiado grande. Hasta cierto punto da una idea la

Habiendo ido los aliados a la guerra para matar al militarismo prusiano; y habiendo quedado muerto, bien muerto el militarismo alemán, ¿cómo es que Francia tiene hoy bajo las armas un número mayor de tropas que en 1914? ¿Para matar el muerto?

comprobación de que en un pequeño número, nada más que en 337 fábricas particulares examinadas, el valor del material destruido y los gastos de destrucción, ascendieron, en números redondos, DOS MIL SETECIENTOS MILLONES DE MARCOS ORO, se han destruido alrededor de 600 edificios nacionales, la mayor parte de ellos de construcción maciza y el resto de madera y zinc, cuyo valor es de cerca 53 millones de marcos oro. Además los talleres nacionales (Deutsche Werke A. G.) han destruido 250 edificios de instalaciones nacionales y 10.000 máquinas, aparte de otras 10.000 que han sido trasladadas a los países aliados.

No es posible fijar la extensión de las destrucciones que todavía hay que hacer, pues la Comisión de Control continúa formulando nuevas exigencias.

Según el art. 202 del Tratado de Versalles debían entregarse a las potencias aliadas 514 aeroplanos no militares y 36 hangares, así como las instalaciones de 15 fábricas de hidrógeno, con un valor total de 125 millones de marcos oro.

Solamente una puequeñísima parte de aeroplanos y hangares se ha dejado a Alemania para el tráfico aéreo internacional: todos los demás han sido destruidos o inutilizados, causando así a la economía nacional alemana una pérdida de muchos millones de marcos oro.

Con la excusa de que podría servir para la construcción de nuevos submarinos y aeroplanos, no solo se prohibió la fabricación sino que se destruyó un número considerable de motores de todas clases, que bien pudieron ser utilizados para trabajos de paz.

Destrucción sistemática de valores considerables, injustificada e injustificable, que los franceses llaman «Desarme industrial». Insensateces de fobia.

Imperialismo

El Tratado de Versalles y la política de odio de la imperialista República Francesa, destruyeron totalmente la base que había servido para el desarrollo de la economía nacional alemana.

Contrariando los principios wilsonianos, universalmente aceptados, sobre auto-decisión de los pueblos a disponer de sí mismos, se despojó a Alemania de sus mejores territorios: Alsacia-Lorena con sus ricos depósitos de mineral y potasa y su industria considerablemente desarrollada por la iniciativa y el trabajo alemán; de gran parte de las provincias de Prusia Occidental y Oriental, Posen y Pomerania con su desarrollada y rica agricultura; del este de Alta Silesia con sus veneros carboníferos y su potente industria siderúrgica; de parte de las provincias renanas, Schlegwig-Holstein, Brandeburgo y Silesia.

Despojos arbitrarios e inconsultos que representan para Alemania la pérdida de la octava parte de su territorio, la décima parte de su población; el 18 % de su agricultura; el 25 % de su producción de carbón; el 75 % de su producción de minerales.

Alemania, que antes de la guerra no producía suficiente cantidad de víveres, ha sido despojada, sin embargo, de las mejores regiones agrícolas de excelente producción; — País industrial por excelencia, que necesita indispensablemente materias primas, ha sido privado de una cuarta hasta tres cuartas partes de lo que producía su propio suelo. Y aunque obligada a vivir del comercio mundial, Alemania ha tenido que entregar casi todo su material de comercio exterior, incluso marina mercante y colonias.

La marina mercante alemana era, antes de la guerra, la segunda del mundo. Su tonelaje era de 5.712.000 toneladas de registro bruto, y en 1918 no se le permitió conservar sino apenas un poco más de la décima parte de su flota (604.030 toneladas registro bruto).

Sus colonias tenían una extensión de casi cinco veces y media la de Alemania. Su superficie era de 295 millones de hectáreas con 12.300.000 habitantes, y su importancia económica aumentaba año tras año. La importación y exportación de esas colonias estaba representada por una línea que subía rápidamente. En 1903 la importación ascendió a 77 millones de marcos y en 1913 a 288 millones; la exportación fué en 1905 de 40 millones y en 1913 de 269 millones de marcos oro.

Sin embargo, algunas de esas colonias hoy en poder de los países aliados y privados por consiguiente de la sabiduría y

el esfuerzo alemán, están en completa decadencia.

Además de sufrir esos despojos, Alemania tuvo que someterse por el Tratado de Versalles a una extensa ocupación de su territorio, que hace gravitar, moral y políticamente, su perturbadora influencia económica en la totalidad del territorio en ambas márgenes del Rin. Prusia, Baviera, Baden Hesse y Oldemburgo tienen parte de su territorio ocupado. En total está ocupada una extensión de 3.200.000 hectáreas con una población de más de 7 millones de habitantes.

Arbitrariamente, e invocando «sanciones» después del fracaso de la Conferencia de Londres, fueron ocupadas a la derecha del Rin más de 50.000 hectáreas con cerca de 900.000 habitantes.

Violando el Derecho y el Tratado

El 11 de Enero de 1923, Francia y Bélgica, violando cínicamente el Derecho Internacional y el mismo Tratado de Versalles, como lo han demostrado Inglaterra Italia y Estados Unidos, han ocupado militarmente toda la cuenca del Ruhr. La cuenca del Ruhr tiene una extensión de 260.000 hectáreas, con cerca de 5 millones de habitantes y es la mayor región industrial de Alemania y de Europa. Su producción de carbón ascendió en 1913 al 72 % de la producción total de Alemania; la de hierro en bruto al 54 %; la del acero en bruto al 53 0/0 de toda la producción alemana.

Actualmente está en poder de Francia toda la región del Rin alemán y todos los puertos del Rin, desde Kehl hasta Emmerich, están ocupados por tropas francesas.

La región puramente alemana del Sarre, con una extensión de 2000 kilómetros cuadrados y 700.000 habitantes, ha sido separada de la administración alemana, quedando aislada por una barrera aduanera. Las ricas minas de esta región han tenido que ser entregadas a Francia. El Sarre está sometido a toda clase de medidas arbitrarias dictadas con el objeto de afrancesar a la población por la fuerza. Después de 15 años de la fecha del Tratado de Versalles se debe decidir por votación popular si ha de pertenecer a Francia o ha de volver a Alemania; pero en caso de que la votación fuese favorable a Alemania, las minas que se entregaron a Francia sin indemnización alguna tendrán que ser compradas por el Gobierno alemán su valor en oro.

En resumen, 13 millones de alemanes, la quinta parte de la población de Alemania tiene que soportar hoy, a los cinco años de terminada la guerra, al yugo de la ocupación extranjera. Con los habitantes de las regiones de que fué despojada Alemania completan los 20 millones de alemanes que al decir de un neurótico estaban de más en el mundo.

Exigencias absurdas

Al discutirse la capacidad de pago de Alemania y la importancia de su economía nacional, no se ha querido considerar que la Alemania de hoy no es la misma de antes de la guerra. No se ha querido considerar que no podía reponerse del agotamiento producido por cuatro años de guerra, si desde el primer momento del armisticio está soportando el peso aniquilador del Tratado de Versalles. No se ha querido

considerar que se le ha privado de sus más importantes condiciones de existencia, que es un país desmembrado, disminuido en su población, despojado de sus colonias y de todos los valores que poseía en el extranjero.

Y sin embargo, Alemania con un estoicismo sin precedentes, con un esfuerzo de que solo son capaces los pueblos verdaderamente viriles, sin la ayuda de nadie, ha ido cumpliendo buenamente las brutales imposiciones del mal llamado Tratado de paz de Versalles.

Completamente imposible es enumerar todas las cargas y perjuicios que ese tratado ha impuesto a Alemania. Gran parte de esas cargas no se pueden fijar en cifras y otras escapan a todo cálculo. Pero a pesar de todo, el cuadro que hemos expuesto puede dar una idea de los pagos hechos hasta ahora por Alemania; puede hacer comprender la enormidad de los valores que han sido arrebatados a la economía nacional de ese país. Aún los cálculos más prudentes arrojan muchas decenas de millares de millones de marcos oro que Alemania ha tenido que entregar a sus adversarios. A todo esto hay que agregar los muchos miles de millones que la economía nacional alemana ha perdido a causa de las disposiciones de destrucción dictadas por los Aliados y con los trabajos de ejecución de esas destrucciones impuestas en el Tratado de Versalles.

Millares de millones de marcos oro restados a la economía nacional alemana, pero que gravitan, sin embargo, con las funestas consecuencias que todos palpamos, sobre la economía mundial.

Millares de millones de marcos oro sacrificados estúpida e inicua para satisfacer la fobia de unos cuantos políticos ambiciosos, ennegrecidos por el odio, que no persiguen otro fin, como lo ponen en evidencia, que el ya pregonado de destruir, económica y socialmente, a una Nación que tiene tanto derecho a vivir, como la que más.

POINCARÉ, GRAN CULPABLE DE LA GUERRA. Así lo prueba su compatriota Mr. Renauld. Léase en esta hoja nuestro artículo "Quiénes son los culpables"

Alemania inmortal

Pero, aunque pese a esos políticos ensobrecidos, Alemania ha de volver a ocupar en el concierto de las naciones el puesto de preferencia a que le dan derecho las virtudes, el talento y el trabajo de sus hijos.

Alemania vivirá eternamente, para bien de la humanidad, porque podrán sus enemigos destruir sus bienes materiales, pero lo que no podrán destruir jamás es el carácter, la idiosincracia, la fuerza moral de ese gran pueblo activo, trabajador e inteligente.

¡ALEMANIA ES INMORTAL!

Lean los españoles

El desenfreno del Imperialismo

Del servicio telegráfico de un diario local:

MADRID, 23. — El diputado francés Mr. Brousse persiste en su campaña enca-

minada a conseguir que el gobierno de su país decida la anexión del valle de Arán, límite de la región de Cataluña, al territorio de Francia.

El Imparcial dice que es indigna la actitud del diputado francés, y lamenta que el diario «Le Petit Journal» haya dado cabida en sus columnas a los artículos de Mr. Brousse, en los que afirma la posibilidad de que Francia se vea en la necesidad de reservarse sus derechos sobre el valle el Arán.

Se espera que los procedimientos energéticos del nuevo régimen impedirán que en lo sucesivo se produzcan hechos semejantes».

Si «El Imparcial» no ignorara que los franceses fueron los inventores de la frase «el apetito viene comiendo» se explicaría fácilmente la actitud de Mr. Brousse y de «Le Petit Journal».

Demasiado se le ha consentido y tolerado a Francia para suponer que basten los procedimientos energéticos del nuevo régimen para hacer concluir la campaña de Mr. Brousse.

También a España le llegará el turno de tener que pagar el precio de su no intervención a favor de los aliados.

El Prof. Einstein y la Sociedad de las Naciones

El profesor Alberto Einstein, de regreso del Japón, se ha detenido en Zurich y ha anunciado a *Neue Züricher Zeitung* que había enviado a la secretaría de la Sociedad de las Naciones su dimisión de miembro de la Comisión de Cooperación Intelectual. He aquí el texto de la carta:

Zurich, 21 de Marzo 1923.

A la Comisión de Cooperación Intelectual:

En estos últimos tiempos he adquirido la convicción que la Sociedad de las Naciones no tiene ni la fuerza ni la buena voluntad necesarias para el cumplimiento de su misión. Pacifista convencido, no me parece bien tener con ella relaciones.

Ruego a Uds. que borren mi nombre de la lista de los miembros de la comisión. Saludo a Uds. atentamente.

A. EINSTEIN.

¿Contra quién?

Durante la guerra, Francia hizo creer al mundo que combatía al militarismo alemán.

Vencida Alemania, se la obliga a destruir sus hangares y se le impide fabricar dirigibles destinados a fines comerciales.

Véase ahora, por la siguiente noticia, cómo Francia, en plena paz, piensa en el militarismo y se prepara para el futuro. ¿Contra quién? El tiempo lo dirá.

Hangar monstruo

Continuando su labor por mantener la supremacía por la tierra y por el aire, sobre el resto del mundo, Francia acaba de terminar en Orly, cerca de Fontainebleau, el más gran hangar para dirigibles que se ha construido en el mundo, — aun más grande que el de Lakehurst (N. Y.) — Este inmenso hangar ha sido construido de acero y concreto, y tiene 61 metros de alto y 82 de largo, y se dedicará a los dirigibles que se están construyendo actualmente.